Globethics Repository



Notas sobre la coyuntura económica mundial [Notes on the world economic situation]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	dos Santos, Theotonio
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-05 17:04:51
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219359

Notas sobre la coyuntura económica mundial

Theotonio dos Santos

A pesar de la crisis asiática, el gobierno norteamericano, y los organismos financieros internacionales siguen haciendo una evaluación positiva de la coyuntura económica mundial. Esto confirma una tendencia verificada en casi todos los estudios recientes de la economía internacional: al parecer hemos ingresado a un periodo de crecimiento relativamente sostenido de la economía mundial. En este contexto, será necesario pensar en grandes procesos macro- históricos para estar a la altura del actual momento histórico. Todo lo que sea pequeño, sectario y reaccionario, será desintegrado por el fuego de las nuevas dimensiones colosales de la reestructuración de la economía mundial. Y la política internacional no escapará a ello.

Theotonio dos Santos: profesor titular y coordinador del Posgrado de Economía de la Universidad Federal Fluminense; coordinador de la Cátedra Unesco y de la Red Mundial sobre Economía Global y Desarrollo Sustentable - Unesco ONU - Colegio de Brasil.
Palabras clave: economía internacional, globalización, crisis asiática, EEUU.

Los datos confirman las previsiones basadas en los ciclos largos de Kondratiev, cuya relevancia fue revisada en la década de los 70. Varios autores, entre los cuales me inscribo, procuramos demostrar que de 1967 a 1973 se inició una fase 'b' (periodo dominado por tasas de crecimiento bajas y recesiones) de los ciclos largos de 50 y 60 años. Según estos ciclos, ahora estaríamos al final del quinto ciclo iniciado entre 1942 y 1947. Justamente, de 1942-1947 a 1967-1973 la economía internacional presentó resultados sumamente positivos, con largas fases de crecimiento y escasas recesiones y crisis económicas. No obstante, desde 1967 la

crisis del dólar se agudizó, los índices de crecimiento bajaron y se sucedieron recesiones unas tras otras, sobre todo las depresiones económicas de 1973-1975, 1979-1982 y 1990-1993.

Recuperación económica y crisis financieras

No obstante, la recuperación del crecimiento en 1994 parece superar esta fase negativa. El aumento de los índices de crecimiento –a pesar de ser modesto en Estados Unidos, Europa y Japón– estuvo acompañado de tendencias deflacionarias evidentes (en ningún país del mundo no hay más inflaciones de tres dígitos y en los países desarrollados las tasas inflacionarias están por debajo del 5%). Al mismo tiempo asistimos a una irreversible caída de las tasas de interés.

La espiral monetaria –iniciada en 1973 con la libre oscilación de las monedas debido a la desvinculación del dólar con relación al oro– provocó una permanente inestabilidad cambiaria y una enorme especulación monetaria. En 1995, debido al ajuste del dólar con respecto al yen y al marco, se experimentó una relativa estabilización de los mercados de divisas, a pesar de los reajustes que aún se están dando, como en el caso asiático, o que probablemente ocurran como en el caso brasileño y en otros países latinoamericanos. A pesar de la gravedad de estas situaciones, las desigualdades cambiarias y las consecuentes crisis monetarias parecen estabilizarse. Al mismo tiempo los déficits públicos, todavía altos, comienzan a ser controlados.

Sin embargo, aún quedan pendientes graves cuestiones que plantean dudas en torno a la salud y el vigor de la recuperación económica internacional. Una es la persistente crisis del sector financiero, y la otra la resistencia de las tasas de desempleo que aumentan aun cuando se tengan índices positivos de crecimiento. La crisis del sector financiero es una consecuencia del saneamiento de una dolencia típica de las fases depresivas de los ciclos largos: la especulación financiera. La enorme burbuja financiera que creció en las décadas de los 70 y los 80 se reventó en (entre) 1987 y 1990, y no hay cómo detenerla.

La crisis financiera. Las crisis del sector productivo, como la que se inició en 1967, inducen a la especulación financiera, la cual aparece como una alternativa para mantener y crear altas ganancias en una coyuntura depresiva. Pero en su origen, la especulación financiera es una consecuencia de la falta de inversiones productivas lucrativas. Con la tendencia a la caída de la tasa de ganancias, se crean poderosos mecanismos de *transferencia de rentas* del sector productivo hacia el sector financiero.

Se estimula la competencia. Esta es la historia de los años 70 y 80, un periodo de violentos enfrentamientos entre el capital y el trabajo, entre grandes, medianas y pequeñas empresas, entre capitales locales y nacionales y capitales internacionalizados, entre ramas industriales tecnológicamente decadentes y las que adoptan un nuevo paradigma tecnológico.

Este periodo tiene las características de lo que Schumpeter denominó «destrucción creativa». El capital financiero es el intermediario de este proceso y el Estado el agente principal de la transferencia de rentas. Los instrumentos básicos utilizados por el Estado, bajo la fuerte presión de sectores sociales en lucha, son el recorte de algunos gastos públicos y el aumento de otros, la política de subsidios directos e indirectos, el monitoreo de las normas de regulación de los negocios en general y, sobre todo, la creación y el aumento sustancial del déficit público y con esto el aumento de la deuda pública y el pago de la misma.

Según un estudio del FMI, «los gastos de los gobiernos en los países industrializados ascendieron de un promedio de 28% en 1960 a 50% en 1994, año en el que los gastos alcanzaron 69% del PIB en Suecia, y casi 55% en Bélgica, Francia, Holanda y Noruega». El crecimiento del gasto público «proviene principalmente de transferencias (incluyendo pensiones públicas), subsidios y pago de intereses, y no de inversiones en educación». De esta forma, en la década de los 80 se formó un enorme mercado financiero alimentado por la negociación de las deudas públicas y por el apalancamiento que se logra realizar frente a la desreglamentación creciente de este mercado. Para mantener este apalancamiento sin respaldo en activos reales se provoca un aumento artificial de los precios de los inmuebles y de otros activos fijos, de las rentas y salarios de los ejecutivos y de las acciones y de otros valores como las monedas fuertes, sobre todo el dólar. Claro que la crisis de dichos mecanismos de especulación se caracteriza también por la caída en los valores de estos activos.

Es imposible comprender el gigantesco crecimiento del sector financiero sin entender el papel fundamental del crecimiento del déficit fiscal y de la deuda pública. Según estudios del FMI, entre 1979 y 1992 el pago de intereses de las deudas públicas se triplicó. Las transferencias y subsidios en los países industrializados crecieron del 8% del PIB en 1960 al 21% en 1992.

Si es verdad que entre 1967 y 1973 el sector financiero internacional se alimentó de la desvalorización del dólar y de la crisis monetaria, no se puede olvidar el costo de la guerra de Vietnam, que dio origen al déficit público norteamericano e hizo más

aguda la crisis del dólar. Es cierto que el sector financiero se alimentó del reciclaje de los petrodólares, de 1973 a 1979, crean- do enormes deudas con los bancos privados que se involucraron en el reciclaje –es decir, en prestar como si fueran propios los excedentes monetarios de los países árabes. Pero también es evidente que dichos recursos no podrían ser reciclados sin el endeudamiento de los países en desarrollo que contrajeron deudas, en la mayoría de los casos innecesarias, para «aprovechar» el aumento de la liquidez internacional y los consiguientes intereses baratos.

Pero el espectacular crecimiento de la burbuja financiera se dio en los años 80 bajo el liderazgo de Ronald Reagan y Margaret Thatcher, alimentándose del gigantesco aumento del déficit fiscal norteamericano –que creció de casi 50.000 millones a 300.000 millones de dólares anuales. El enorme aparato de intermediación creado para la venta de bonos públicos emitidos para financiar la deuda y las altísimas tasas de interés pagadas por el Estado alimentaron a Wall Street y crearon la nueva generación de *yuppies*. Asimismo, la desreglamentación del enorme sector financiero permitió el aprovechamiento de esta euforia para lanzar al mercado financiero títulos sin ningún respaldo, lo que llevaría más tarde a la quiebra inevitable de sus emisiones. Sin embargo, ello sólo ocurriría al final de los 80.

La combinación del déficit fiscal, que aumentaba el consumo norteamericano, con el déficit comercial norteamericano (elevado también a casi 300.000 millones de dólares) permitió que los grandes exportadores cuyos productos se destinaban a EEUU (principalmente Japón y Alemania) utilizaran los dólares, obtenidos en significativos «superávits» comerciales, para comprar los títulos de la deuda pública norteamericana que pagaba altas tasas de interés. De esta manera surgió, en la década de los 80, el imperio financiero internacional japonés y el creciente poder del marco alemán que financiaría la integración europea.

Los tigres asiáticos también participaron de esta coyuntura favorable pues no tenían deudas públicas de importancia, mientras que los países deudores, que captaron dinero barato en los 70, crearon enormes superávits comerciales para pagar los intereses de su deuda externa. Tal fue el caso de Brasil. Los superávits no generaban entrada de divisas pues éstas eran utilizadas para pagar los intereses de la deuda externa. Los superávits comerciales fueron financiados por una explosiva deuda pública interna que condujo a estos países a la hiperinflación y al torbellino financiero después.

El sistema financiero brasileño exacerbó la tendencia mundial al abandonar totalmente las actividades de empréstitos y financiamiento y convertirse en captador de recursos de la población para comprar títulos públicos a altísimos intereses y en rotación diaria o cuando mucho trimestral. Era más que evidente que este enorme volumen internacional de negocios basado en las deudas públicas tenía por lo menos dos limitaciones: la capacidad de endeudamiento de los Estados y el peso del pago de los intereses de la deuda dentro de los presupuestos estatales. La primera limitación obligaba a cortar in- definidamente los gastos públicos no financieros y la segunda obligaba a disminuir las tasas de interés a mediano y largo plazo so pena de hacer inviable el funcionamiento del Estado. La reacción se dio en los 90 (a consecuencia del *crack* de 1987 y de la depresión de 1990-1993): EEUU fue obligado a reducir las tasas de interés que atraían capitales externos para financiar su deuda pública; tuvo que acortar el déficit público reduciendo sobre todo los gastos militares; asimismo se vio obligado a devaluar dramáticamente el dólar para aumentar las exportaciones americanas y proteger su industria y agricultura en plena decadencia. En esta nueva coyuntura, la burbuja financiera se reventó, llegaron las quiebras, los *yuppies* desaparecieron. En la actualidad, las políticas de crecimiento sustituyen a la anarquía financiera que todavía se expresa en las crisis asiática y de varios países como México y próximamente el Brasil, sin hablar de Argentina, que ha rebajado drásticamente su aparato económico para ajustarse a una especie de deficiencia financiera permanente.

El desempleo estructural: ¿amenaza incontrolable?

Uno de los principales obstáculos para la plena recuperación del crecimiento económico mundial sostenido es el fenómeno del desempleo. Se puede afirmar que en este fin de siglo un fantasma recorre el mundo: la amenaza del desempleo creciente, aun en periodos de crecimiento económico.
Es necesario recordar que estamos en plena reestructuración productiva de la economía mundial. Esta reestructuración sustituye un paradigma tecnológico basado en la producción de masas, en las máquinas y productos de consumo duradero basados en el acero y otros metales básicos, y otras características propias de una producción en escala creciente y concentradora. No obstante, en la década de los 70, la siderurgia norteamericana y europea se redujo a menos de un tercio de su producción. La industria del carbón prácticamente tuvo que cerrar. Una enorme cantidad de ramas industriales se reubicó en nuevas regiones del mundo.

Como resultado de esos reacomodos tuvieron lugar cambios fundamentales en la composición del trabajo mundial. En EEUU disminuyó drásticamente la mano de

obra obrera industrial en las décadas del 70, 80 y 90. En Japón, la mano de obra comenzó a disminuir en la segunda mitad de los 80. En Alemania, el desempleo industrial aumentó en los 90. En los tigres asiáticos y en las Nuevas Economías Industriales (NEIs) en general, la mano de obra obrera creció significativamente en la década de los 70 y parte de los 80. Poco después se estabilizó y llegó incluso a disminuir en algunos de estos países a partir de 1985.

Por consiguiente, en vez de un aumento del desempleo en general encontramos en primera instancia un fuerte dislocamiento del empleo (del sector agrícola hacia el industrial, iniciado a principios de siglo; del industrial hacia el sector servicios, desde los años 50, pero acelerándose a partir de los 80 con la robotización). Este enorme aumento de la productividad agrícola e industrial generó suficientes excedentes como para apoyar al creciente sector de los servicios. El desenvolvimiento de un enorme aparato de investigación y desarrollo elevó a su vez la capacidad de innovación del sistema económico y como consecuencia aumentó todavía más la productividad.

Al eliminar sectores económicos obsoletos, la crisis (que se ha prolongado desde 1967 hasta el presente) abría camino para que en los 80 y 90 volvieran a fluir las inversiones hacia las economías locales o nacionales más dinámicas. Estas nuevas inversiones se dirigen a estructuras industriales más modernas y absorben gran parte del avance tecnológico acumulado en las décadas previas. Tal es el caso de la robotización, que a pesar de haber sido anunciada desde los años 60 se concretizó hasta los 80, cuando se generalizó la utilización de robots en Japón, acompañado de lejos por EEUU y Europa.

Pero, ¿por qué el aumento del desempleo estructural no fue compensado con la creación de nuevos empleos en el sector de los servicios y en cambio creció la exclusión social en el periodo actual? En primer lugar porque las nuevas inversiones provocaron enormes reducciones de mano de obra industrial en una fase en la que se habían reducido las inversiones en los nuevos servicios ligados a las innovaciones tecnológicas. En muchos países estas inversiones no se realizaron debido a deficiencias socioeconómicas y culturales o a la falta de control del excedente económico por parte de los agentes sociales favorables al avance del conocimiento científico y tecnológico.

En segundo lugar porque los recursos para las nuevas inversiones en la economía del conocimiento y de la información, ligada a la revolución científico-técnica (investigación y desarrollo, educación, medio ambiente, cultura, esparcimiento,

información, etc.), estaban comprometidos en otras actividades, como los invertidos en mantener la hegemonía geopolítica, en EEUU, particularmente los gastos militares, la especulación financiera, el aumento de la deuda pública, el pago de los intereses de esta deuda, etc. En especial, los servicios financieros crecieron desproporcionadamente en los 80 entrando en severa crisis al final de esta década y a principios de los 90, generando desempleo en un área de salarios altos.

En tercer lugar, el desempleo aumenta porque la estructura ocupacional y las relaciones sociales de producción no acompañaron los cambios en el sistema productivo y el aumento de la productividad no fue distribuido por igual entre los distintos agentes sociales. Es evidente que un crecimiento tal de la productividad debió estar acompañado de aumentos de salarios o de la disminución de la jornada de trabajo. Ninguno de los dos fenómenos ocurrió. ¿Por qué? Porque los años de crisis –entre 1970 y 1980– debilitaron enormemente al movimiento sindical y a los movimientos sociales en general. Es necesario considerar el efecto diferenciado del desempleo en los países en donde el poder de negociación de los sindicatos es mayor o menor, así como el de las demás fuerzas sociopolíticas. Vemos así que la coyuntura recesiva mundial está en proceso de cambio y de superación hacia un clima general de crecimiento económico. Por lo tanto, la estructura institucional tendrá que adaptarse a la nueva coyuntura.

El principal cambio positivo que deberá ocurrir en los países centrales es la disminución de la jornada de trabajo que, por cierto, ya está en curso. Dicha reducción permitirá transferir las ganancias de productividad actuales hacia la masa de los trabajadores asalariados, aumentando significativamente el número de empleos. Volkswagen, Volvo y otras empresas ya disminuyeron la jornada de trabajo a 32 horas semanales. En Francia, sindicatos patronales y de trabajadores firmaron en octubre de 1995 un 'acuerdo nacional interprofesional sobre el empleo', iniciando negociaciones sobre la reducción de la jornada de trabajo por ramas de producción y mediante el cual se pretende crear de 300.000 a 900.000 empleos en dos años. En febrero de 1998 la mayoría socialista votó a favor de la disminución de la jornada de trabajo a 35 horas semanales a partir del año 2000. En Asia, particularmente en Japón, se llevan a cabo esfuerzos en el mismo sentido aunque en estos casos se parte de jornadas de trabajo más prolongadas. La disminución de la jornada de trabajo a nivel mundial, sobre todo en las NEIs, con seguridad llegará, tal y como ocurrió en los años 20 y 30. En aquella época, bajo la presión de los Acuerdos de Viena, la OIT, dirigida por los países que ya la habían adoptado, difundió y exigió la jornada de 48 horas en todo el mundo.

La actual campaña contra el dúmping social es solamente el comienzo de un movimiento en este sentido. Nuestras sociedades subdesarrolladas tendrán que incorporar necesariamente nociones de derechos humanos, protección laboral, jornadas de trabajo más cortas, mejores salarios, etc. ¿De qué forma estas exigencias se harán compatibles con el aumento más acentuado del desempleo, del subempleo y de la exclusión social? Es un tema a ser discutido, sobre todo porque en nuestros países no se invierte en educación, ciencia y tecnología, cultura, esparcimiento e información, que son los sectores generadores de empleo en el nuevo paradigma tecnológico.

En la mayoría de las NEIs también existe la posibilidad de disminuir el impacto del desempleo estructural reforzando la creación de ocupaciones «sociales» para la enorme masa de trabajadores sin empleo y sin perspectivas. La reforma agraria es, por ejemplo, un camino para la ampliación ocupacional. Las actividades agroindustriales para la producción de energía renovable basada en la biomasa (como el original programa Pro-alcohol en Brasil) pueden ser una importante fuente de empleos. El sector informal con sus micro, pequeñas y medianas empresas puede ocupar una importante cantidad de mano de obra.

Sin embargo, no debe alimentarse la ilusión de que estas «soluciones» son permanentes y pueden ser el centro de una estrategia de generación de empleos. El empleo altamente calificado es la solución más completa y definitiva. Al mismo tiempo está asociado el avance social de los países. Tal y como lo vimos, la información, el conocimiento, el entretenimiento y la educación son los principales generadores de empleo en el mundo contemporáneo. La salud, el cuidado de infantes y de personas de edad avanzada, la atención a los discapacitados y a los más necesitados, es decir, las políticas sociales en general, son otras tantas fuentes modernas y avanzadas de empleo.

Existen aparentes «soluciones» que, sin embargo, tienen consecuencias perversas. La principal es la propuesta de disminución de los «costos» sociales del trabajo. Desde países socialmente más avanzados –como Alemania– hasta socialmente atrasados –como Brasil– se llevan a cabo intentos por reducir las conquistas sociales de los trabajadores bajo el título general de 'flexibilización del trabajo', que de hecho equivale a su precarización. El razonamiento es simple: la reducción del precio del trabajo y de los costos sociales asociados a éste aumenta la ganancia, estimula la inversión y por lo tanto genera empleos.

Como ya vimos, este razonamiento es totalmente falso en la actual coyuntura. Las inversiones se orientan hacia los sectores de alta innovación tecnológica, donde el empleo industrial disminuye pero aumentan los empleos en investigación y desarrollo, educación, capacitación, gestión, diseño, esparcimiento, cultura, etc. Ahora bien, en estos sectores la tendencia es hacia salarios más altos y trabajadores educados que tienen mayor capacidad para defender sus derechos sociales y lograr jornadas de trabajo más cortas y flexibles. El mundo de los bajos costos salariales, de las prolongadas jornadas de trabajo, etc., tiende a generar cada vez menos empleo. Al mismo tiempo, cada vez con mayor frecuencia estas actividades se transfieren hacia países socialmente más atrasados hacia los cuales se tiende a exportar también las tecnologías más contaminantes. Los que adopten esta filosofía están entonces condenados a reforzar el atraso y a generar poco empleo, aumentando sus masas d desempleados, marginales y trabajadores informales.

La recuperación del desarrollo: desigualdades y relaciones

La tendencia a la recuperación del crecimiento económico internacional deberá proseguir a pesar de que la crisis financiera y el desempleo estructural limiten seriamente su amplitud y alcance. Si analizamos el panorama económico mundial podemos distinguir un conjunto de países que presentan altísimas tasas de crecimiento del PIB. Entre estos encontramos a China (10,2%), Indonesia (8,1%), Malasia (8,8%), Singapur (10,7%), Tailandia (8,5%) e Israel (7%); todos ellos países de desarrollo medio, NEIs, asociados al *boom* económico del Sudeste asiático y de la cuenca del Pacífico (con excepción de Israel y Polonia), región donde además encontramos los casos de Corea del Sur (6,8%), Taiwán (5,3%), Hong Kong (3,2%) y Filipinas (5,7%). Si ampliamos nuestra perspectiva geográfica asiática encontraremos un éxito similar en la India (4,7%) y en Turquía (6,4%), importantes potencias industriales emergentes. Con un desempeño menos espectacular, algunos países de Europa oriental y de las regiones menos desarrolladas de Europa presentan también datos de crecimiento positivo del PIB.

En América Latina solamente encontramos dos excepciones: Chile (9,6% en el último trimestre de 1995) y Colombia (4,4% en 1994). Entre los países más desarrollados encontramos altas tasas de crecimiento del PIB en torno del 2 al 3% con algunas excepciones, tanto más altas como más bajas. En este marco de recuperación económica global destacan algunas excepciones: Rusia (-4,0%), México (-1,0%), Venezuela (-3,3%), Argentina (7,7%) y Brasil (-2,1% en el primer trimestre de 1996). Resulta interesante notar que estos países presentan también las más altas tasas de crecimiento de precios al consumidor. Mientras los demás países

(excepto Turquía con 80,8%) presentan tasas bajas de inflación; Rusia (68,3%), Brasil (18,22%), México (36,9%) y Venezuela (85,8%) todavía presentan altas tasas inflacionarias y solamente Argentina mantiene una inflación de casi cero luego de oficializar el valor del peso a la par del dólar.

¿Cómo se explica una desigualdad tan grande? Los países desarrollados, con estructuras e infraestructuras montadas hace muchos años, encuentran limitaciones para sus inversiones, sus tasas de ganancias y de interés son muy bajas y, a pesar de presentar enormes masas de inversión, no atraen las grandes reservas de capital que abandonaron el mercado financiero en quiebra desde 1989 (de hecho, desde 1987, manteniéndose en un alto nivel gracias a la intervención de los bancos centrales) y la consecuente recuperación del mercado accionario, sobre todo norteamericano que se recupera rápidamente de la crisis asiática.

Es fácil entender cómo países que se mantuvieron en altas tasas de crecimiento –con inversiones en infraestructura, en desarrollo industrial y agroindustrial, en turismo y otros servicios– como China Popular, los tigres asiáticos y los nuevos tigres, pudieron absorber enormes masas de inversión directa a bajo precio y sin mayores exigencias. A pesar de que su programa de inversiones esté basado sobre todo en sus ahorros internos, básicamente estatales, estos países atrajeron masas de capital internacional realmente espectaculares para las inversiones directas. Algunos de ellos (como Corea del Sur y Chile) establecieron incluso severos límites a la entrada de *hot money* y al capital especulativo en general. Aun así Corea se vio frente a una crisis de pagos en 1998.

Cualquiera que lea con atención el reciente libro de Giovanni Arrighi, *El largo siglo* XX, verá en estos hechos un empleo de su tesis (inspirada en Braudel) de que los nuevos ciclos sistémicos de acumulación mundial se caracterizan por amplias transferencias de capital financiero de las antiguas zonas hegemónicas a las emergentes. Ello se explica por la disminución de las oportunidades de inversiones lucrativas en los mismos sectores que generaron el auge de tales zonas mientras surgen nuevas oportunidades de inversión en áreas semiperiféricas o cercanas al centro hegemónico pero no partícipes del mismo. Arrighi nos muestra cómo ocurren estos fenómenos en la formación de los excedentes de las ciudades-Estado del Adriático y del centro de Europa en los siglos XIV y XV, cuando el grupo genovés reubica sus excedentes para financiar la expansión territorial ibérica en los siglos XVI y XVII (particularmente el imperio español). Del otro lado, Holanda absorberá en los siglos XVII y XVIII gran parte de la riqueza acumulada por los Borgia, además de saquear directamente los barcos españoles. Pero también en ese mismo periodo transferirá gran parte de su

acumulación de capital para financiar el ascenso de la Inglaterra industrializada. A su vez, Inglaterra será una de las financiadoras de la espectacular expansión norteamericana a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Finalmente el déficit comercial norteamericano es en la actualidad uno de los financiadores del superávit japonés.

Brasil está perdiendo una oportunidad histórica. En pocos meses atrajo decenas de miles de millones de dólares internacionales hacia su economía. Pero se trata de *hot money*, capital especulativo del tipo que entró en México y Argentina, sus compañeros de recesión económica a principios de la década. China tiene una política de desvalorización cambiaria, bajas tasas de interés y fuertes inversiones estatales. En consecuencia, protege sus exportaciones, consolida la formación de su mano de obra y su capacidad de gestión del desarrollo, además de alejar al capital especulativo. De esta manera absorbe gran parte de los excedentes financieros de Japón y del resto del mundo (particularmente de la emigración China internacional). Brasil se deja seducir por las facilidades de la importación de capital financiero y altas tasas de interés. En consecuencia, hace inviables sus actividades productivas y reduce su Estado a la impotencia total por medio del recorte de gastos de inversiones y sociales para pagar altos intereses, injustificables en su presupuesto operativo superavitario hace ya varios años. Este superávit primario ha sido usado para pagar altos intereses en nombre *única y exclusivamente* de la contención del consumo y de la atracción de capitales internacionales.

La crisis asiática y la economía mundial

Desde 1987 la economía mundial ha pasado por graves y sucesivas crisis financieras. La primera se registró en octubre de 1987 y dio como resultado una caída del 20% en las bolsas de valores de EEUU y en una devaluación del dólar de cerca del 40%. Esta crisis hizo desaparecer, en un solo día, mil millones de dólares en activos diversos. Estuvo asociada a las presiones para disminuir el gigantesco déficit fiscal de EEUU. Asimismo, el gobierno estadounidense tendría que devaluar el dólar y retomar sus exportaciones para disminuir el déficit comercial y recuperar la confianza en su moneda. A la vez, tendría que disminuir drásticamente la tasa de interés pagada por sus títulos públicos. Estas medidas tenían un contenido deflacionario de consecuencias internacionales.

Como los bancos centrales de Japón y de Alemania poseían grandes activos en dólares, trataron de proteger la moneda estadounidense mediante adquisiciones innecesarias en el mercado mundial. Fue así que lograron contener, por algunos

años, la primera crisis financiera internacional, sin superarla. A inicios de los 90, la crisis asumió una forma más clara: se generalizó la caída de las tasas de crecimiento en los países desarrollados y algunos llegaron a presentar depresiones acentuadas. Las quiebras de diversos bancos y empresas financieras, la baja de los valores inmobiliarios, las caídas de las tasas de interés, la devaluación del dólar, principal activo monetario mundial, todo ello caracterizó una desvalorización generalizada de los activos financieros, monetarios e inmobiliarios mundiales, cuyos altos valores estuvieron asociados a la ola especulativa que se había desarrollado en los años 70 en torno de los petrodólares y en los años 80 alrededor del déficit público estadounidense.

Es necesario que hagamos un paréntesis para poder entender el origen de esta ola especulativa. Atrapado por la crisis de la tasa de ganancia que explotó en 1967, el capital se dirigió hacia el sector financiero. Este pudo expandirse con la ayuda de las naciones desarrolladas, que asumieron una enorme deuda pública en este periodo. Motivado por la crisis de convertibilidad del dólar ocurrida en 1969-1972 y, finalmente, en 1973 cuando terminó definitivamente la conversión del dólar en cantidades fijas de oro, se produjo el ajuste del precio del petróleo que provocó la aparición de los petrodólares. Estos fueron reciclados por los bancos internacionales con la ayuda de las naciones del Tercer Mundo que aceptaron recibir como préstamos los excedentes monetarios árabes. Posteriormente, la política de endeudamiento público de Reagan se extendió a todos los países capitalistas, incluyendo Alemania y Japón, en los años 90. Esto favoreció el surgimiento de un enorme sector financiero encargado de comercializar los títulos de la deuda pública estadounidense y de otros países.

Muchos analistas creen que el crecimiento del sector financiero, principal- mente en los años 80, es algo inexplicable, fruto del aumento de la especulación y totalmente independiente de las tendencias de la economía productiva, llamada por ellos «real», como si el dinero y la especulación no fueran fenómenos absolutamente *reales* y profundamente asociados a la acumulación capitalista. Sin embargo, es posible encontrar las huellas de los Estados nacionales y de las políticas económicas en el origen y en el sostén de esta ola financiera. Esta ola financiera entrará en crisis al final de los 80, con las políticas de corrección de sus efectos, como la devaluación del dólar, la baja de las tasas de interés pagadas por EEUU y la disminución de su déficit público. Dichas medidas generaron una desvalorización de los principales activos financieros, monetarios e inmobiliarios en todo el mundo.

En Asia se pudieron posponer, en parte, los efectos de este proceso de desvalorización mundial de activos porque poseía el mayor porcentaje de la liquidez mundial. Japón y los tigres asiáticos atraían buena parte del capital mundial en los años 80. Ellos entrarían solo más tarde, en 1993-1994, en este proceso de devaluación que motivó la crisis asiática.

Estados Unidos, presionado por su situación de mayor deudor mundial, en 1989-1990 tuvo que dar los primeros pasos para devaluar la moneda, disminuir la tasa de interés, ver la quiebra de sus bancos y empresas financieras sin poder ayudarlos y aceptar la desvalorización mobiliaria y la recesión económica. Sin embargo, fue justamente la economía estadounidense la primera en dar señales de recuperación en 1994. Alemania resistió a las presiones estadounidenses para disminuir la tasa de interés y permitir, en consecuencia, el movimiento de capitales hacia EEUU. La unificación alemana tuvo el efecto deseado por el gobierno norteamericano: el marco entró en crisis y el país reunificado no pudo atraer más capitales. La crisis alemana se extiende hasta nuestros días con una pérdida de competitividad de sus productos, la consecuente quiebra de su sector industrial y la elevación dramática del desempleo.

Japón entró en crisis en 1993 debido a la fuerte devaluación del dólar, que se prolongó hasta finales de 1996. La cotización del yen llegó a 83 por dólar y, en consecuencia, el superávit de Japón con EEUU sufrió una fuerte disminución. La caída del dólar también afectó a los tigres asiáticos y sus seguidores, ya que el mercado estadounidense, que sostuvo su avance, empezó a cerrárseles. La crisis de tigres y «gatos» asiáticos fue contenida, en parte, por el aumento del yen y, consecuentemente, de la demanda japonesa. De hecho, a partir de los años 90 se intensificó el comercio y el movimiento de capitales en el interior del Sudeste asiático, con el Japón a la cabeza.

Sin embargo, en este mismo periodo surgió y se desarrolló un fenómeno extremadamente importante: el fin de la Guerra Fría, que abrió el mercado estadounidense y el del Sudeste asiático al enorme aparato exportador de la República Popular China. La entrada de productos chinos tuvo efectos arrasadores para Corea del Sur y otras economías de la región. Es interesante ver algunos datos para entender la extensión de este fenómeno. En 1995, EEUU importó el 50% de zapatos de China y sólo el 3% de Corea del Sur; en años anteriores Corea exportaba gran parte de las importaciones norteamericanas de zapatos. La marroquinería china representó 46% de las importaciones estadounidenses contra 1% de Corea del Sur (en 1990 ésta era responsable del 20% de las importaciones

estadounidenses de este rubro). En el sector de confecciones, los productos chinos pasaron del 3 al 16% de las importaciones estadounidenses, mientras que las exportaciones de Corea del Sur cayeron del 15 al 3%. Se trata de un mercado de 40.000 millones de dólares. China pasó a atraer los capitales mundiales, y en 1994 representaba el 67% de los fondos invertidos en el Sudeste asiático, contra el 20% en 1991. El regreso de Hong Kong en 1997 al dominio de China lo coloca en el centro del sistema financiero asiático. Sus reservas crecieron enormemente y tiene hoy el mayor superávit comercial con EEUU.

La devaluación del dólar fue revertida a finales de 1996 debido a una revaluación de esta moneda exigida por Japón como condición para comprar títulos del Tesoro estadounidense, en el momento en que se vencía buena parte del billón de dólares de la deuda de EEUU. Pero, en esta ocasión, los tigres y los gatos ya estaban más vinculados con el mercado japonés, mientras que China ocupaba el mercado estadounidense.

A pesar de las dificultades de la región, los capitales de corto plazo continuaban presionando estas economías que comenzaban a sentir escasez de fondos y abrían sus mercados financieros a la especulación. La crisis mexicana de diciembre de 1994 aumentó la volatilidad del capital financiero que pasó a buscar mercados donde fuera posible. Brasil y Argentina incrementaron dramáticamente sus tasas de interés para atraerlo, con éxito moderado, ya que el volumen de sus exportaciones es relativamente bajo y no disponen, por lo tanto, de divisas para recibir cantidades indefinidas de dólares en sus mercados locales. Así, estos capitales continuaron buscando en Asia un espacio para sus especulaciones. El Banco de la Reserva Federal (el Fed, banco central de EEUU), bajo el pretexto de contener la inflación, elevó moderadamente sus tasas de interés a mediados de 1997. Esto tuvo un efecto importante en la atracción de capitales para EEUU pero debilitó las bolsas de valores estadounidenses que, según Alan Grenspan, presidente del Fed, estaban super-calientes.

La escasez de capitales pasó a afectar a los tigres y, sobre todo, a los gatos asiáticos, quienes necesitaban devaluar sus monedas para recuperar el mercado estadounidense. La combinación de todos estos factores dio a la crisis asiática un tono dramático muy superior a su real dimensión. La crisis de Corea del Sur y de las economías debilitadas de Tailandia (primera en acusar la crisis), Indonesia y de los demás gatos asiáticos tiene –como ya vimos– razones estructurales serias. La acusación de que los bancos de estos países eran poco rigurosos en la concesión de créditos, muy en moda en este momento, es absolutamente irrelevante. Desde los

años 80, los préstamos fueron otorgados fácilmente en una región plagada de excesiva liquidez. Y esto no impidió que se produjera ahí el llamado 'milagro asiático'. La crisis ocurre cuando su expansión económica es contenida a causa de la retracción de su principal mercado, EEUU, y cuando la competencia china conquista gran parte de éste.

Perspectivas de la crisis asiática y la economía mundial

Como vimos en el parágrafo anterior, la llamada crisis asiática se explica mucho más por los cambios ocurridos en la economía mundial al final de los 80 que por fenómenos inmediatos. La región tardó en entrar en el proceso de desvalorización de activos y de crisis financiera iniciado en EEUU en 1990-1993. La crisis asiática deberá ser mitigada en la medida en que Japón aumente su demanda interna, sustituyendo en parte el mercado estadounidense, tenga sus excedentes comerciales disminuidos con la correcta valorización del yen, y China eleve el consumo interno fortaleciendo la economía intrarregional. La región se reforzará aun más con la unificación de las dos Coreas y la aproximación de Rusia asiática, donde existe un proceso de industrialización muy significativo vinculado con capitales sudcoreanos.

Este fortalecimiento regional no representará una excelente noticia para EEUU, que se verá cada vez más limitado en sus pretensiones de atraer el capital japonés y de revertir su comercio deficitario con el Sudeste asiático. A mediano plazo estos países continuarán presentando tasas de crecimiento económico elevadas, competitividad comercial paulatinamente mayor (en la medida que no tienen restricciones para adoptar tecnologías cada vez más avanzadas a la vez que disponen de mano de obra abundante y barata y, sobre todo, altamente calificada), altas tasas de ahorro interno y una aplicación bastante controlada del capital hacia la producción y no hacia la especulación.

Existe una enorme presión del FMI y de EEUU para romper con el «atraso de los mercados financieros asiáticos». Por *atraso* se debe entender baja tasa de volatilidad, y ausencia de derivados financieros y de mecanismos de especulación. Pero el FMI y EEUU deberían tener mucho cuidado en estimular la especulación financiera en la región. Con Hong Kong en manos de China y Singapur siempre contraria a controles, el tiro podría salir por la culata: un capital financiero asiático especulativo podría colocar a EEUU y Europa en situación extremadamente difícil desde el punto de vista de la correlación de fuerzas internacionales.

Y si continúa la apertura comercial y financiera internacional en un contexto de un Asia más competitiva financieramente, los mercados de Nueva York, Londres, Francfort, Ginebra y Zurich serán cada vez más impotentes ante Hong Kong, Singapur y los mercados asiáticos potenciales no solo de los tigres y gatos asiáticos, sino también de India, Rusia y del mundo árabe. Zonas estas con un crecimiento económico sustancial (incluso Rusia ya se encuentra en recuperación), con tasas de crecimiento dos veces o más superiores a las estadounidenses y europeas, con superávit comercial en aumento e importante liquidez, sin presiones inflacionarias debido a sus elevados índices de ahorro interno, y sin necesidad de recurrir a altas tasas de interés.

Es muy difícil prever todas las tendencias y resultados de una nueva etapa de crecimiento económico mundial, para la cual la crisis asiática no es un obstáculo. Se trata de un reajuste entre el capital financiero y el productivo, y entre los varios centros de acumulación del sistema económico mundial. Ella llevará a una mayor integración de la región del Sudeste asiático en torno a Japón y China, y dará inicio a un periodo superior de relación financiera entre esta región y la economía mundial. Tal vez uno de los recursos más positivos con que el mundo occidental puede contar para contener el ascenso asiático sería la elevación de los patrones civilizadores mundiales. Es decir, encaminarse hacia relaciones laborales cada vez más avanzadas, a partir de la disminución de la jornada de trabajo y de la expansión hacia los países asiáticos de los patrones de remuneración occidentales.

Este programa difícilmente podrá ser implementado sin un gran avance de las fuerzas ideológicas y políticas más vanguardistas y democráticas. Presionar a Asia para que incremente los salarios, amplíe los derechos sociales y las libertades sindicales, sería el eje de este camino que el presidente Clinton denominó «cláusulas sociales». Pero esta política es difícil de combinar con presiones internacionales que amenazan hacer retroceder al mundo a las guerras regionales, como la que EEUU quiere desencadenar contra Irak. Asimismo es poco compatible con la reasumida condición estadounidense de nación gendarme mundial, como aun es la voluntad política de muchos.

No hay duda de que existe un sector del capital internacional, con personalidades como George Soros, que propone el camino de aumentar la reglamentación del sector financiero y establecer relaciones laborales más avanzadas. Esto abriría para la humanidad un camino en gran parte virtuoso y progresista. Pero la mayoría del capital, sobre todo el que se apoya en tecnologías obsoletas, se opone y sigue una política contraria. Busca la inestabilidad laboral, la precarización del trabajo, la

disminución de los costos sociales de la fuerza de trabajo y la libre actuación del mercado. Estas fuerzas alcanzaron su auge durante la hegemonía de Reagan y Thatcher. Hoy están en retirada. La probable victoria de la socialdemocracia en Alemania derrotará uno de sus últimos bastiones. En este caso la crisis asiática dejará de ser una referencia fundamental y, al contrario, volverá a destacarse la extrema rapidez de los cambios de la región.

En este contexto, será necesario pensar en grandes procesos macrohistóricos para estar a la altura del actual momento histórico. Todo lo que sea pequeño, sectario y reaccionario, será desintegrado por el fuego de las nuevas dimensiones colosales de la reestructuración de la economía mundial.

La moral de las armas

La prensa internacional ha anunciado un audaz proyecto político-ideológico. Tony Blair, primer ministro británico, propuso a Clinton la formación de una alianza internacional de centroizquierda que plantee a la humanidad, en el inicio del siglo XXI, la propuesta de un camino que sustituya la hegemonía conservadora de los años 80. Las noticias se refieren también a la presencia de Fernando Henrique Cardoso, primer mandatario brasileño, como tercer miembro de este proyecto. Esta iniciativa no debe causar sorpresa a nadie. Estamos viviendo una transición muy importante de la hegemonía del pensamiento y de las políticas neoliberales hacia una nueva fase ideológica que se podría muy bien calificar como de centroizquierda.

A pesar de su reconocimiento a los éxitos de la política económica de Thatcher, Blair ha firmado el acuerdo social europeo contra el cual el thatcherismo se opuso por años. Su proyecto educacional se opone a los privilegios neoliberales, su política de paz con el Ejército Revolucionario Irlandés y su reconocimiento de los derechos autónomos de las naciones que constituyen la Gran Bretaña son claramente hostiles a la esencia misma del conservadurismo británico. Las amenazas de su ministro de Economía de nacionalizar el Eurotúnel, en oposición a la financiación del déficit de este grupo económico, es una demostración del fin del thatcherismo. Es indudable que estamos frente a un nuevo universo económico y a una nueva actitud política, bajo la presión de otras fuerzas políticas.

Lo mismo podemos decir de Clinton, quien ha recortado los gastos militares y bajado las tasas de interés pagadas por el gobierno, disminuyendo drásticamente el déficit del presupuesto estadounidense. En respuesta a los ataques de la derecha a sus preferencias sexuales, Clinton leyó, frente al Congreso

reunido, tal vez el más avanzado documento sobre el estado de la Unión en los 209 años de historia presidencial del país. Las metas del nuevo presupuesto son efectivamente progresistas. En primer lugar, está la recuperación y el desarrollo de la seguridad social; en segundo lugar, el aumento del sueldo mínimo; en tercer lugar la educación.

Clinton prometió educación superior para todas las familias estadounidenses, el incremento del número de escuelas públicas y la garantía de que todos los niños de 8 años puedan leer. Reafirmó la creación de 220.000 becas para estudiantes minusválidos; el aumento de los préstamos estudiantiles, menos onerosos y con más facilidades de pago; la creación de un fondo educacional exento de impuestos, un crédito de 1.500 dólares deducido del impuesto para seguir los cursos universitarios de 2 años, y varias otras medidas que tienen por objetivo «hacer la universidad tan universal en el siglo XXI como la escuela secundaria lo es hoy». Fue particularmente interesante su ataque radical al abuso del trabajo infantil. Prometió triplicar los fondos para la reeducación de los trabajadores desempleados. Además, se debe destacar su ataque a los seguros de salud privados, su política de empleo para sustituir el sistema de ayuda al bienestar, su política de apoyo a las guarderías infantiles, y su propuesta de eliminar el impuesto sobre la renta de las familias más pobres, «una familia de cuatro miembros con un ingreso anual de 35.000 dólares y altos costos para criar a sus hijos, no pagará un solo centavo de impuesto».

Sin embargo, a pesar de estos significativos avances, no podemos estar tan de acuerdo con los planes de la pareja Blair-Clinton. En primer lugar no se puede entender cómo se unirá a este programa de centroizquierda el presidente Cardoso. Su gobierno, al contrario del de Clinton y de Blair, no se constituyó en contra de la derecha ni es atacado por ella. Cardoso llegó al poder en alianza con la derecha y en contra de la izquierda. No ha propuesto ni ejecutado ningún programa de cambios sociales. Por el contrario, ha cortado drástica- mente los gastos en educación y salud para sostener los altos intereses pagados por el gobierno brasileño para atraer capitales especulativos del resto del mundo. Exactamente lo opuesto de lo que hace la administración Clinton y propone el gobierno de Blair.

Pero lo más grave no es esta incongruencia. Más grave es la postura de Clinton y Blair quienes, como dueños del mundo, desafían con las armas a los pueblos que no se ajusten a sus órdenes. Es grave que un proyecto de centroizquierda, que pretende orientar el mundo durante el próximo siglo, se establezca bajo el signo de la guerra y no de la paz, bajo el signo de la amenaza de muerte a los pueblos del

Tercer Mundo y de represalias a sus posibles aliados. Es el caso concreto de la amenaza de guerra a Irak.

La justificación para esta guerra es totalmente ilegítima. Estados Unidos exige al gobierno iraquí que permita la acción indiscriminada de las Naciones Unidas en el país a partir de la afirmación de que posee armas bioquímicas. Quizá lo sepa por el hecho de que EEUU le vendió los productos para producirlas, según notician los periódicos. Es dudoso que Saddam Hussein disponga de estas armas, pero sí es seguro que EEUU e Inglaterra las posean. Pero podrá justificarse que Saddam no es confiable y estos países sí lo son. No obstante, la historia nos dice que EEUU e Inglaterra han practicado terribles genocidios en el mundo. Ambos son responsables por la explosión de la bomba atómica en Hiroshima y Nagasaki. Estados Unidos es responsable por el uso de napalm en Vietnam y se niega a destruir sus minas antipersonales cuando el mundo lo reclama.

¿De dónde sacaron estos señores la legitimidad para decir quién puede o no poseer armas de tal o cual tipo, cuando no abren la mano de tenerlas? El único argumento que poseen es la fuerza. Y ante ésta hay que doblegarse o perecer.

¿Es esta la doctrina de centroizquierda que desean presentar al mundo en el siglo XXI?